

segunda etapa

# posdata

SÁBADO, 16 DE JUNIO DE 2018

1039

MANUEL ARRANZ  
Crítico literario y traductor

&gt;&gt;&gt;

«El pasado no está muerto.  
Ni siquiera está pasado.» William Faulkner

Si escribir es siempre un ejercicio de la memoria, entonces escribir unas memorias lo es por partida doble. La vida, una vez vivida, podemos contarla, con más o menos honestidad, es decir, fidelidad a los hechos y fidelidad a la conciencia, pero no podemos cambiarla, ni idealizarla, ni falsearla, ni, sobre todo, literaturizarla, el pecado por excelencia de las memorias, pecado en el que caen casi todos aquellos que escriben su vida antes de haberla vivido, o mientras la están viviendo.

Edna O'Brien, en unas páginas memorables, nos cuenta su infancia y juventud. Y recuerda aquellos años, «a un tiempo hermosos y aterradores, tiernos y despiadados», y recuerda lugares, personas, animales, objetos, misterios, curiosidad y miedo. Una infancia, en definitiva, como la de cualquier otra chica de campo no especialmente agradada, no especialmente dotada, no especialmente graciosa. Al fin y al cabo ella nunca formó parte de «las niñas bonitas».

Muy pronto se siente atraída por las historias que lee (en el *Messenger* por ejemplo, órgano del Apostolado de Oración al que estaba suscrita la familia), historias románticas y sentimentales, historias vulgares, historias ejemplares. Y empieza a imitarlas. Lee todo lo que pillá, se aprende poemas de memoria, recita. Nadie le hace demasiado caso. Sólo ella se toma en serio. Cuando viaja por primera vez a Dublín escribe: «Estaba hambrienta. De comida. De vida. De las historias que iba a escribir, sólo que todo era efervescente y rudimentario en mi cerebro sobreexcitable». Pero el hambre de comida siempre ha sido más urgente y acuciante que el hambre de historias y se pone a trabajar en una farmacia. Un día se compra un libro de segunda mano: *Introducing James Joyce*, una antología de textos de Joyce preparada por T.S. Eliot, y empieza a copiar citas en sus cuadernos. Su primer trabajo literario remunerado: una columna insustancial y frívola para mujeres en una revista de empresa.

*Chica de campo* no son las memorias de una escritora, o no son solamente las memorias de una escritora. Son las memorias de una mujer, de una chica de campo que acabaría convirtiéndose en una de las más grandes escritoras irlandesas, tan elogiada como vituperada por la crítica y el público, cosa ésta que es señal inequívoca de genio. «Lloré mucho escribiendo *Las chicas del campo*», nos dice, su primera novela (no confundir los títulos), un libro que la catapultó de golpe a la fama y el escándalo, arruinándole de paso suya tocado matrimonio. «Descubrí sentimientos que no sabía que albergaba.» Cuando salió el libro, L. P. Hartley, autor de *El mensajero*, una espléndida novela a mi juicio (que llevaría al cine Losey con la inolvidable Julie Christie, como seguramente recordarán), y de quien habría cabido esperar algo más, «describió el libro como la caprichosa historia de dos niñas irlandesas». Edna O'Brien no juzga, no condena, no absuelve, no hay culpables porque no hay culpa, aunque sí haya daño, sí haya dolor.

Edna O'Brien (Tuamgraney, Irlanda, 1930) está considerada la gran dama de las letras irlandesas.

HANNAH RADLEY BENNETT



## En el corazón salvaje de las cosas

Edna O'Brien, la gran Edna O'Brien comenzó a escribir sus memorias a los setenta y ocho años, una memorias que «se había jurado no escribir jamás», pero que ahora, después de haber «conocido la alegría y el dolor extremos, el amor correspondido y el no correspondido, el éxito y el fracaso, la fama y el vapuleo», y animada por su agente y sus editores, se decide finalmente a hacerlo, a contar su vida, una vida en la que, pasase lo que pasase, nunca dejó de escribir y de leer.



&lt;&lt;&lt;

CHICA DE CAMPO  
MEMORIAS  
Edna O'Brien  
Traducción,  
Regina López  
Muñoz

► Errata Naturae  
424 PÁGS. 22 €

nal.» Y cuando Edna O'Brien nos habla de sus novelas, (soberbia y estremecedora la última de ellas, *Las sillitas rojas*, publicada por la misma editorial), lo hace con este mismo espíritu, con esta misma honestidad insobornable.

Edna O'Brien, como sucede con algunas personas, muy pocas, tenía al parecer un magnetismo especial, que conserva a sus ochenta años (hay cosas que no se pierden nunca). No se trata de belleza, ni de inteligencia, ni de elegancia, pues pueden no tener ninguna de estas tres cosas (aunque no sea éste su caso), es algo más indefinible, más refinado, más sutil, algo que atrae instintivamente la mirada y que poseen muy pocas personas, sin que ellas mis-

mas sepan a qué se debe. De Marlon Brando, «un animal a punto de atacar», como lo define ella, se decía lo mismo. Y por estas páginas, lo que equivale a decir por su casa, pasaron no pocas celebridades con las que mantuvo algún tipo de relación o amistad. A los hombres los divide en amantes y hermanos y nunca los mezcla, nos dice. Sean Connery; Marguerite Duras; Peter Brook; Samuel Beckett; R.D. Laing, de quien además fue paciente; Paul McCartney; Marianne Faithfull; Roger Vadim y Jane Fonda; Richard Burton, recitando, cómo no, a Shakespeare; o Marlon Brando, quien le preguntó al despedirse: «¿Eres una gran escritora?». A lo que ella, consciente de que lo era, respondió modestamente: «Lo intento.» Son impagables las anécdotas que cuenta de algunos de ellos (de Milos Forman, a quien conoció en Praga; o de Jackie Onassis, de quien fue amiga durante más de diez años y que también poseía ese aura de que hemos hablado; de Joseph Brodsky; de Philip Roth, glorioso cuando estaba en vena y hurra el resto del tiempo; de John Huston, con quien trabajó en un fiasco; de Harold Pinter; o del imprevisible Norman Mailer, que un día le dijo: «Eres demasiado íntima, ése es tu problema».)

Hoy en día, en que parece haberse declarado una epidemia de memorias entre los escritores, pocas tan sinceras y honestas, tan carentes de artificio e impostura como estas, *Chica de campo*. Edna O'Brien no tiene cuentas pendientes, y si las tiene, tiene el buen gusto de no utilizar la literatura para saldarlas. Tampoco oculta sus debilidades, ni sus errores, ni las críticas e insultos que recibió a menudo por sus libros. Decir de un libro que se lee como una novela, además de ser un rancio lugar común, ya no es ningún elogio. Pues, ¿cómo se lee una novela? ¿Con curiosidad, con interés, con ganas? Las novelas, para ser buenas, y no abundan, deben parecerse a la vida, y la vida a las novelas. Una novela que parece una novela o una vida que parece una vida no digo que no merezcan la pena, pero les falta lo esencial, lo que tanto a una como a otra las hace únicas e irrepetibles.

Edna O'Brien se ha convertido por derecho propio en la gran dama de las letras irlandesa. Digna sucesora de Joyce, su obra tiene la solidez y la rotundidad de las obras imperecederas. Ah, y si el lector espera descubrir algo sobre los tormentos del escritor, o simplemente sobre sus manías, olvídelo. Edna O'Brien puede contarnos, sin demasiado detalles por lo demás, su aventura con Robert Mitchum, porque sabe que los lectores de memorias siempre somos un poco chismosos (y no hay entrevista en que no se le pregunte por ella), pero no va a darnos la lata con su método de escritura, en el caso de que tenga alguno. Soberbios y emocionantes los últimos capítulos, que sólo puede escribir alguien que ha vivido, alguien que ha conocido el fervor, la desesperanza, la desolación, la añoranza, el amor que no fue o no pudo ser, y que a pesar de todo es capaz de decir: «¿Qué hermosa podía ser la vida». En resumen: un libro extraordinario, incluidas la edición y la espléndida traducción de Regina López Muñoz. Unas memorias memorables en todos los sentidos, ese género para el que hacen falta grandes dosis de modestia, de honestidad, y grandeza de espíritu, cosas todas ellas raras hoy día, y todavía más entre escritores. Cosas que no se cotizan. Cosas de las que va sobrada la excepcional Edna O'Brien.